

## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



## Monotemáticos

**A** sí andamos los ciudadanos en México: Hablando y pensando en la misma cosa. La violencia se ha vuelto nuestro lugar común. Nos levantamos y acostamos con el mismo tema en los noticieros y en la prensa escrita. Despertar y dormir con la misma angustia. Ciudadanos como usted y como yo que se sienten vulnerables, temerosos de ser víctimas de un asalto, de un secuestro, de estar en el lugar y en la hora equivocada. Un alumno me dice "Ya salgo de mi casa volteando para todos lados". Lamentable panorama; lo peor es pensar que ya no se puede hacer nada, que la batalla contra el hampa está perdida.

Cuando los ciudadanos llegan a la conclusión de que la instancia encargada de asegurar la paz social mediante el combate a la delincuencia y la imparición de justicia está coludida con el crimen organizado, se rompe uno de los binomios fundamentales de toda democracia: El de la participación y la representación. Los ciudadanos dejan de creer en la participación como la vía de la elección de los gobernantes. Ambos ámbitos marcharán definitivamente en sentidos opuestos. Me explico. Bajo formas democráticas de Gobierno, los ciudadanos participan activamente para elegir a sus representantes a partir de reglas del juego aceptadas por todos. Una vez constituidos los gobiernos, mediante su participación exigen a las autoridades la rendición de cuentas, la transparencia de sus acciones y el cumplimiento de las promesas de campaña. Cuando se pierde ese vínculo entre participación y representación la democracia está en un serio peligro de sobrevivencia. La violencia puede conducirnos a esta situación. Una ciudadanía que deje

de participar por encontrar que de nada sirve pues los problemas siguen creciendo. Se deja de asistir a las urnas o en aquellos espacios formales de participación social: no hay ningún incentivo para ello. La violencia es uno de los ácidos más fuertes para destruir a las instituciones. Se pierde el respeto hacia los gobiernos; cunde la desesperanza ante la incapacidad de "hacer algo" por aliviar la tensión. Todas las instituciones gubernamentales son vistas como la misma cosa. Al ciudadano no le importa cuál de los tres órdenes de gobierno debe atacar los problemas de inseguridad; si no se resuelven la conclusión parece lógica: "es el gobierno el responsable y no hace nada; o porque no quiere o porque no puede". Es la antesala para la aparición de un mesías que ponga orden. El autoritarismo se convierte en una alternativa.

La otra salida es la autoorganización de la sociedad. Se trata de una vía más constructiva que la demanda de salidas autoritarias, la desidia o la autoprotección a partir de sistemas de seguridad privados. O de hacerse justicia con propia mano. Por eso son importantes las iniciativas como la "Marcha por las víctimas de la inseguridad", que lanzó el Consejo Ciudadano de Seguridad Pública de Baja California y que recorrerá más de 500 kilómetros en 16 días, partiendo de San Quintín y culminando el 6 de noviembre en Mexicali. Todavía existe ese deseo de buscar y apoyar una solución integral al problema de la inseguridad. De no atenderse este reclamo organizado, pacífico de los ciudadanos, los puentes necesarios para la legitimidad gubernamental se habrán roto.

Este domingo 29, la marcha llegó a la ciudad

de Tijuana; la más golpeada por la violencia de las ciudades de la entidad. El Municipio que este 25 de octubre fue considerado por Los Angeles Times como el que registra "más secuestros del mundo", una "Ciudad que está vuelta loca". En Tijuana la marcha por fin se vuelve masiva. Sorprende la uniformidad de los participantes; salvo excepciones, la mayoría proceden de la clase media y alta; aquellos que han sufrido en carne propia la delincuencia y la violencia. Son muchos los testimonios que escuchamos a lo largo del recorrido de varios kilómetros. Tantos como los miles que acudieron (las cifras van desde 4 mil, según las autoridades, hasta 9 mil, según los organizadores). Familias enteras que han sufrido el drama terrible de un secuestro o un asesinato. Pero a la convocatoria faltaron nombres e instituciones. Uno se pregunta ¿Donde están los directivos de las instituciones de educación superior o culturales de la entidad? ¿Cuál es el compromiso social y moral de esa burocracia? ¿No sería posible que invirtieran en un despliegado de difusión y apoyo? ¿En qué piensan cuando disponen de todos los recursos para autopromoverse y dejan pasar la oportunidad de retribuir en algo a una ciudad que les ha dispensado fortuna? ¿Harán algo hasta que la violencia se asome a su puerta?

La percepción que hoy tienen los ciudadanos es de inseguridad, de temor y de pesimismo ante el futuro. La marcha es un pequeño asidero, una oportunidad para reconstruir algo de lo mucho que se ha perdido. Mal harían los responsables gubernamentales en menospreciar este esfuerzo. Los frágiles puentes entre la ciudadanía y las instituciones están en peligro de venirse abajo. Todavía hay oportunidad para apuntalarlos.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del departamento de estudios de administración pública del Colegio de la Frontera Norte.